

CAPÍTULO XXXV

De mí solo dependería el escribir un capítulo acerca de esta rosa marchita que acabo de recoger, si la cosa valiese la pena : es una flor del carnaval del año último. Yo mismo fui á cogerla en los invernaderos de Valentín ; y por la noche, una hora antes de dar comienzo el baile, fui á regalársela á la señora de Hautcastel, lleno de esperanzas y opreso por una agradable emoción. La tomó y colocóla en su tocado sin mirarla y sin mirarme. ¿Y cómo había de fijar su atención en mí si estaba preocupada mirándose á sí misma? De pie, delante de un gran espejo, elegantemente vestida, daba la última mano á su *toilette*. Estaba tan preocupada, se encontraba tan completamente absorbida su atención contemplando las cintas, las gasas y los perfollos de todas clases amontonados delante de ella, que no pude obtener ni siquiera una mirada, ni un gesto. Sin embargo, me había resignado, y le brindaba humildemente un haz de alfileres que tenía preparado en mis manos ; pero como la almohadilla estaba más á su alcance, los tomaba de allí. Si alguna vez adelantaba mi mano, los tomaba indiferentemente, tanto, que había de tantear, porque no se atrevía á quitar los ojos del espejo, temiendo perderse de vista.

Durante algún tiempo sostuve un segundo espejo de-

trás de ella para que pudiese juzgar mejor de su tocado ; y repitiéndose su fisonomía de espejo en espejo, observé entonces una larga serie de coquetas, ninguna de las cuales fijaba su atención en mí. En fin, ¿lo diré? la rosa y yo estábamos representando un triste papel.

Concluí por perder la paciencia, y no pudiendo resistir por más tiempo el despecho que me devoraba, dejé el espejo que tenía en la mano, y salí encolerizado y sin despedirme.

— ¿Os vais? me preguntó, volviéndose un poco de mi lado con el objeto de verse de perfil.

Nada contesté ; pero me puse á escuchar á la puerta un instante, para saber el efecto que iba á producir mi brusca salida.

— ¿No ves? le dijo á su camarera después de un rato de silencio, ¿no ves que este corpiño es muy ancho para mi talle, y que hay que ceñirlo un poco con alfileres?

Cómo y por qué aquella rosa marchita se encuentra actualmente en uno de los estantes de mi escritorio, es lo que no diré ciertamente, pues ya he manifestado antes que una rosa seca no merecía llenar todo un capítulo.

Observad bien, amables lectoras, que me abstengo de toda reflexión acerca del episodio de la rosa marchita, y que no he dicho si la señora de Hautcastel hizo bien ó mal al preferir, entre yo y su tocado, á este último, ni tampoco si tenía derecho á ser recibido de otra manera.

Guárdome aún mucho más de sacar consecuencias generales sobre la realidad, fuerza y duración del afecto

que profesan las mujeres á sus amigos. Me contento con arrojar al mundo, con lo demás de mi viaje, este único capítulo (ya que capítulo es), sin dedicárselo á nadie y sin recomendárselo tampoco á nadie.

Añadiré sólo un consejo para mis lectores : el de que procuréis convenceros de que en un día de baile vuestra querida no os pertenece.

En el momento mismo en que comienza la *toilette*, el amante queda relegado al papel de marido, y el baile solo disfruta la categoría de amante.

Todos saben lo que consigue un marido cuando quiere hacerse amar á la fuerza ; tomad, pues, vuestra desgracia con paciencia y riendo.

Y no hay que hacerse ilusiones ; si os ven con gusto en el baile, no es por vuestra calidad de amante, puesto que sois un marido, sino porque formáis parte del baile, y sois, en su consecuencia, una fracción de su nueva conquista ; sois una *décima* de amante. También puede ser porque bailáis bien, y espera que la hagáis brillar en el salón. En fin, lo que puede haber de más lisonjero para vos en la buena acogida que os dispensa, es que ella espera excitar los celos de sus compañeras, declarando como amante suyo á un hombre de vuestro mérito. Sin esta consideración, ni siquiera os miraría.

Comprendido esto, será preciso resignaros y esperar á que acabe vuestro papel de marido. Conozco á más de uno que se daría por satisfecho saliendo así bien librado á tan poca costa.

CAPÍTULO XXXVI

He prometido un diálogo entre mi alma y *la otra*; pero hay ciertos capítulos que se me escapan, ó, mejor, los hay que saltan de la pluma como á pesar mío, y desvían mi proyectos ; en este número se encuentra el de mi biblioteca, que haré lo más corto posible.

Van á pasar los cuarenta y dos días, y otro espacio de tiempo igual no bastaría para terminar la descripción del rico país por donde tan agradablemente viajo.

Mi biblioteca, ya que es preciso deciroslo, se compone de novelas... sí, de novelas... y de algunos poetas escogidos.

Como si no tuviese bastante con mis propios males, comparto aún voluntariamente los de mil personajes imaginarios, y los siento tan vivamente como los míos. ¡Cuántas lágrimas no he derramado por la desgraciada Clarisa y por el amante de Carlota!

Pero si busco de tal suerte aflicciones fingidas, en cambio hallo en ese mundo imaginario la virtud, la bondad, el desinterés que no he podido encontrar todavía reunidos en el mundo real en que vivo. Encuentro en él una mujer tal como la deseo, sin acritud de carácter, sin ligereza, sin doblez : nada digo de su belleza ; de realzarla ya se encarga mi imaginación : hágola tan bella que más no puede serlo.

Cuando llego á un pasaje en que el libro no responde ya á mis ideas, lo cierro, y tomando aquélla de la mano recorreremos juntos un país mil veces más delicioso que el mismo Edén. ¿Qué pintor podría representar el esplendoroso paisaje en que he colocado á la divinidad de mi corazón? ¿Y qué poeta podrá jamás describir las vivas y variadas sensaciones que experimento en esta región encantada?

¡Cuántas veces he maldecido á ese Clevelando que á cada instante se embarca en nuevas desgracias que podría evitar! No puedo sufrir ese libro ni tal sucesión de calamidades; sin embargo, cuando distraidamente lo abro, tengo que devorarlo hasta el fin.

¿Cómo podría yo dejar á ese pobre hombre entre los abaquís? ¿Qué le sucedería en medio de tales salvajes? Menos aún me atrevo á abandonarle cuando emprende su excursión para salir del cautiverio.

En fin, tanto interés tomo por sus penas, tanto es el que me inspiran él y su infortunada familia, que la inesperada aparición de los feroces ruitones me pone los cabellos de punta; un sudor frío me cubre cuando leo este episodio, y mi terror es tan vivo, tan real, como si yo mismo tuviese que ser asado y devorado por aquella canalla.

Cuando ya he llorado y enamorado bastante, busco entonces algún poeta y parto para un nuevo mundo.

CAPÍTULO XXXVII

Desde la expedición de los Argonautas hasta la Asamblea de Notables, desde lo profundo del infierno hasta la última estrella fija, más allá de la vía láctea, hasta los confines del universo, hasta las puertas del caos, he ahí el vasto campo en que me paseo á lo ancho y á lo largo, con toda comodidad, porque el tiempo no me falta más que el espacio. Allí transporto mi existencia siguiendo á Homero, á Milton, á Virgilio, á Ossian, etc.

Todos los acontecimientos que se han desarrollado entre esas dos épocas, todos los países, todos los mundos y todos los seres que han existido entre esos dos términos, todo esto es mío, me pertenece tanto y tan legítimamente como los barcos que entraban en el Pireo pertenecían á cierto ateniense.

Me gustan sobre todos los poetas que me transportan á la más remota antigüedad; la muerte del ambicioso Agamenón, las furoras de Orestes y toda la trágica historia de la familia de los Atreos perseguida por el cielo, me infunden un terror que los sucesos modernos no podrían seguramente inspirarme.

He aquí la urna fatal que encierra las cenizas de Orestes: ¿quién no temblaría á su aspecto? ¡Electra! ¡desgraciada hermana! tranquilízate: es el mismo Orestes el que trae la urna, y las cenizas son las de sus enemigos.

No se encuentran ahora riberas parecidas á la del Xhantes ó del Scamandra; no se ven llanuras como las de Hesperia ó de la Arcadia. ¿Dónde están hoy las islas de Lemnos y de Creta? ¿Dónde el famoso laberinto? ¿Dónde la roca que Ariadna, abandonada, regaba con sus lágrimas? No se ven ya Teseos, ni mucho menos Hércules: los hombres, y aun los héroes de hoy, son simplemente pigmeos.

Cuando quiero proporcionarme en seguida una escena de entusiasmo y disfrutar de todas las fuerzas de mi imaginación, me agarro atrevidamente á los pliegues de la túnica flotante del sublime ciego de Albión en el momento en que se lanza hacia el cielo y osa aproximarse al trono del Eterno. ¿Qué musa ha podido sostenerle á esa altura, á la que ningún hombre, antes que él, había osado levantar la mirada? Del soberbio atrio celeste que el avaro Mamnón miraba con envidiosos ojos, paso con horror á las vastas cavernas de la residencia de Satán; asisto al consejo infernal, me mezclo al tropel de espíritus rebeldes y escucho sus discursos.

Peró es preciso que confiese aquí una debilidad que yo mismo me he censurado muchas veces.

Yo no puedo dejar de tomar cierto interés por ese pobre Satán (hablo del Satán de Milton) desde el momento en que se ve precipitado del cielo. Censurando la terquedad del espíritu rebelde, declaro que la firmeza que demuestra en el exceso de la desgracia, y la grandeza de su valor, me obligan á la admiración á pesar mío. Aunque no ignoro las desdichas derivadas

de la funesta empresa que le condujo á forzar las puertas del infierno para ir á turbar el hogar de nuestros primeros padres, no puedo, por mucho que haga, desear un momento verle perecer en camino en medio de la confusión del caos. Y aun creo que le ayudaría de buena gana si no me contuviese un resto de vergüenza. Sigo todos sus movimientos, y encuentro tanto placer en viajar con él, como si fuera en buena compañía. Yo bien reflexiono que, después de todo, es un diablo que está en camino para perder al género humano; que es un verdadero demócrata, no de Atenas, sino de París; pero todo esto no puede curarme de mi prevención.

¡Qué vasto proyecto y qué valentía en la ejecución!

Cuando las espaciosas y triples puertas del infierno se abrieron de repente ante él á dos batientes, y el profundo pozo de la nada y de la noche apareció á sus pies en todo su horror, recorrió con intrépida mirada el sombrío imperio del caos; y, sin vacilar, abriendo sus inmensas alas que habrían podido cubrir un ejército entero, se precipitó en el abismo.

Lo ofrezco como modelo al más atrevido. Y para mí, es uno de los más hermosos esfuerzos de la imaginación, así como uno de los viajes más hermosos que se han hecho jamás; se entiende, después del viaje al rededor de mi cuarto.

CAPÍTULO XXXVIII

No acabaría nunca si quisiera describir la milésima parte de los sucesos singulares que me ocurren cuando viajo cerca de mi biblioteca; los viajes de Cook y las observaciones de sus compañeros de viaje Bancks y Solander, nada son comparados con mis aventuras en este reducido espacio. Así, yo creo que llegaría á pasar toda mi vida en una especie de arrobamiento si no estuviese allí inmediato el busto de que he hablado antes, sobre el cual acaban por fijarse siempre mis ojos y mis pensamientos, cualquiera que sea la disposición de mi alma; cuando ésta se halla agitada con harta violencia, ó bien cuando es presa del abatimiento, no tengo más que mirar ese busto para volverla á su asiento natural: es el diapasón que me sirve para templar el conjunto variable y desacorde de sensaciones y percepciones que forma mi existencia.

¡Cuánto se le parece! Éstas son en verdad las facciones que la naturaleza había dado al más virtuoso de los hombres. ¡Ah! ¡Si el escultor hubiese podido hacer visibles su excelente alma, su genio y su carácter!... Pero ¿á qué todo esto? ¿Es éste el lugar á propósito para hacer su elogio? ¿Qué les importa á las personas á quienes me dirijo?

Yo me contento con prosternarme delante de tu que-

rida imagen, ¡oh, tú, el mejor de los padres! ¡Ay! este retrato es todo lo que me resta de ti y de mi patria: tú has abandonado la tierra en el momento mismo en que el crimen iba á invadirla; y tales son los males con que nos bruma, que tu misma familia se ve obligada hoy día á mirar tu pérdida como un beneficio. ¡Cuántos dolores no habrías experimentado si Dios hubiese prolongado tu existencia! ¡Oh, padre mío! ¿Conoces la suerte de tu numerosa familia desde el lugar de la felicidad donde resides? ¿Sabes que tus hijos han sido desterrados de esa patria á la que has servido con tanto celo é integridad durante sesenta años? ¿Sabes que hasta se les ha prohibido visitar tu tumba? La tiranía no ha podido, sin embargo, robarles la parte más preciosa de tu herencia: el recuerdo de tus virtudes, y la fuerza de tu ejemplo. En medio del torrente criminal que arrastraba á su patria y á su fortuna al abismo, han permanecido unidos é inalterables en el camino que les habías trazado, y cuando puedan de nuevo prosternarse ante tus venerables cenizas, ellas les reconocerán siempre.

CAPÍTULO XXXIX

He prometido un diálogo, y cumplo la palabra.

Era una mañana al despuntar la aurora; los rayos del sol doraban á la vez la cumbre del monte Viso y la

de las montañas más elevadas de la isla que se halla en nuestros antípodas, y ya *ella* se había despertado, sea por efecto de las visiones nocturnas que la agitan á menudo de una manera tan fatigosa como inútil, sea porque el carnaval, que tocaba entonces á su término, fuese la causa oculta de su desvelo. Lo cierto es que este tiempo de placer y de locura ejerce una influencia sobre la máquina humana, parecida á las fases de la luna y á la conjunción de ciertos planetas. En fin, la bestia estaba despierta y muy despierta, cuando el alma se desembarazó por sí misma de los lazos del sueño.

Hacia ya largo rato que participaba confusamente de las sensaciones de *la otra*; pero aun se encontraba enredada entre los cendales de la noche y del sueño, los cuales fueron transformándose lentamente en gasas, en linones y en tela de las Indias. Mi pobre alma estaba, pues, como empaquetada en todos estos arreos, y el dios del sueño, para sujetarla más fuertemente á su imperio, añadió á estas ligaduras desordenadas trenzas de cabellos rubios, lazos de cintas y collares de perlas; daba lástima el verla forcejar entre estas redes.

La agitación de la parte más noble de mí mismo se comunicaba á *la otra*; y ésta, á su vez, obraba poderosamente sobre mi alma. Había yo entrado por completo en un estado difícil de describir, cuando el alma, sea por perspicacia, sea por casualidad, encontró la manera de librarse de las gasas que la sofocaban. No sé si halló una abertura ó si no hizo otra cosa que apartarlas, que es lo más natural; la verdad del caso es que acertó á descubrir la salida del laberinto. Las trenzas de cabellos

desordenados estaban allí todavía; pero ya no eran un *obstáculo*, sino un *medio*; mi alma se asió á él como el hombre que se ahoga se agarra á las hierbas de la orilla; pero el collar de perlas se rompió en la acción, y las perlas se desgranaron rodando por el sofá, y de allí sobre la alfombra de la señora de Haut-castel. Porque mi alma, por una rareza de que sería difícil dar razón, se imaginaba estar en casa de esa señora; un gran ramo de violetas cayó al suelo, y mi alma, despertándose entonces, regresó á su casa llevando consigo la razón y la realidad. Como es fácil imaginar, desaprobó en gran manera todo lo que había ocurrido durante su ausencia, y aquí empieza el diálogo que es objeto de este capítulo.

Nunca mi alma había sido tan mal recibida. Los reproches que tuvo por conveniente dirigir en ese momento crítico, acabaron de encender entre *ellas* la discordia: aquello fué una revuelta, una formal insurrección.

— ¡Cómo! dijo mi alma. ¿Así es cómo durante mi ausencia, en vez de reparar vuestras fuerzas por un sueño tranquilo y ponerlos en situación de ejecutar mis órdenes, os entregáis *insolentemente* (el término era un poco duro) á transportes que mi voluntad no ha sancionado?

Poco acostumbrada á este tono de altanería, *la otra* le replicó con cólera:

— ¡Bien os sientan, *señora* (para alejar de la discusión toda idea de familiaridad); bien os sientan esos aires que os dais de decencia y de virtud! ¡Pues, qué!

¿No debo á los extravíos de vuestra imaginación y á vuestras extravagantes ideas, lo que tanto en mí os disgusta? ¿Por qué no estabais aquí? ¿Por qué habiais de tener vos el derecho de obrar sin mí en los frecuentes viajes que hacéis sola? ¿He desaprobado yo jamás vuestras sesiones en el Empíreo ó en los Campos Eliseos, vuestras conversaciones con la inteligencia, vuestras profundas especulaciones (un poco de burla, como se ve), vuestros castillos en el aire, y vuestros sistemas sublimes? ¡Y yo no tendré el derecho, cuando vos me abandonáis así, de gozar de los beneficios que me concede la naturaleza y de los placeres que me presenta!

Mi alma, sorprendida por tanta viveza y elocuencia, no sabía qué contestar. Para arreglar el asunto, procuró cubrir con el velo de la benevolencia los reproches que acababa de permitirse; y á fin de que no pareciera que daba los primeros pasos en el camino de la reconciliación, imaginó tomar también el tono de ceremonia.

— *Señora*, dijo á su vez con afectada cordialidad... (Si el lector ha encontrado esta palabra fuera de lugar cuando se dirigía á mi alma, ¿qué dirá ahora, por poco que quiera recordar el objeto de la disputa? Mi alma, no obstante, no sintió el extremo ridículo de esta manera de hablar: ¡tanto la pasión obscurece la inteligencia!) *Señora*, dijo; yo os aseguro que nada me causaría tanto gusto como veros gozar de todos los placeres de que vuestra naturaleza es susceptible, aunque yo no participara de ellos, si esos placeres no fueran perjudiciales y no alterasen la armonía que...

Aquí mi alma fué vivamente interrumpida.

— No, no; yo no soy tan tonta que crea en vuestra supuesta benevolencia: la permanencia forzada que hacemos juntas en este cuarto por donde viajamos; la herida que yo he recibido, que ha estado á punto de destruirme y que todavía sangra; todo esto, ¿no es el fruto de vuestro extravagante orgullo y de vuestras bárbaras preocupaciones? Mi bienestar, mi existencia misma, nada absolutamente significan para vos cuando vuestras pasiones os arrastran. ¡Y pretendéis interesarnos por mí, y vuestros reproches vienen de vuestra amistad!

Mi alma comprendió que no desempeñaba el mejor papel en esta ocasión; por otra parte, empezaba á advertir que el calor de la disputa había suprimido la causa que diera lugar á ella; y aprovechando la circunstancia para variar la conversación:

— Haz el café, dije á Joannetti que entraba en el cuarto.

El ruido de las tazas atrajo toda la atención de la *insurrecta*, que en el instante olvidó todo lo demás. Así es cómo, al enseñar un sonajero á los niños, se les hace olvidar las golosinas malsanas que piden lloriqueando.

Me adormecí insensiblemente mientras hervía el agua. Disfrutaba entonces ese placer encantador de que he hablado á mis lectores, y que se experimenta cuando uno se siente bajo la acción del sueño. El agradable ruido que hacía Joannetti golpeando la cafetera sobre el morillo del hogar, repercutía en mi cerebro y hacía vibrar todas mi fibras sensitivas, como el estremeci-

miento de una cuerda de arpa hace resonar las octavas. Por fin, vi como una sombra delante de mí; abrí los ojos: era Joanneti. ¡Oh! ¡Qué perfume! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Café, leche, una pirámide de pan tostado!

Buen lector, ¡desayúnate conmigo!

CAPÍTULO XL

¡Qué rico tesoro de placeres ha entregado la bondadosa naturaleza á los hombres cuyo corazón sabe disfrutar, y qué variedad en estos goces! ¿Quién podrá contar sus matices innumerables en los diversos individuos y en las diversas edades de la vida? El recuerdo confuso de los de mi infancia me hace todavía estremecer. ¿Intentaré pintar el que experimenta el joven cuyo corazón empieza á arder con todos los fuegos del sentimiento? En esa dichosa edad en que se ignora aún hasta el nombre de interés, ambición, odio, y de todas esas pasiones vergonzosas que degradan y atormentan á la humanidad; durante esa edad ¡ay! demasiado corta, el sol brilla con rayos que ya no se encuentran en él en el resto de la vida. El aire es más puro; las fuentes, más límpidas y más frescas; la naturaleza se presenta con múltiples aspectos; los bosques tienen frondosidades y senderos que ya no se encuentran en la edad madura. ¡Dios mío! ¡qué perfumes en-

vían las flores! ¡qué deliciosos frutos! ¡con qué colores se engalana la aurora! Todas las mujeres son amables y fieles; todos los hombres, buenos, generosos y sensibles; por todas partes se encuentra la cordialidad, la franqueza y el desinterés: ¡no existen en la naturaleza más que flores, virtudes y placeres!

La turbación del amor, la esperanza de la dicha, ¿no inundan nuestro corazón de sensaciones tan vivas como variadas?

El espectáculo de la naturaleza y su contemplación en el conjunto y los detalles abren ante la razón una inmensa carrera de goces. Bien pronto la imaginación, cerniéndose sobre ese océano de deleites, aumenta su número y su intensidad; las sensaciones diversas se unen y se combinan para formar otras nuevas; los sueños de gloria se mezclan á las palpitaciones de amor; la caridad camina al lado del amor propio que le tiende de la mano; la melancolía viene de vez en cuando á arrojar sobre nosotros su solemne crespón y cambiar nuestras lágrimas en placeres. En fin, las percepciones del espíritu, las sensaciones del corazón, los recuerdos mismos de los sentidos, son para el hombre fuente inagotable de placer y de dicha.

No se extrañe, pues, que el ruido que hacía Joannetgolpeando la cafetera sobre el morillo, y el aspecto imprevisto de una taza de leche, hicieran sobre mi impresión tan viva y tan agradable.